LIBRO UNDECIMO.

A otro dia Nezáhual y Valencia zarpaban las aguas del lago, en direccion á México, habiendo salido de Texcoco al rayar el alba. Iba el primero muy triste, ahogando suspiros y mal disimulando un grave mal que llevaba adentro. Todo parece que gime, todo es enojoso para el amante que se aleja de su tesoro, por más que el cielo sonría, que el horizonte se engalane, que las aves modulen, que las brisas murmuren y alhaguen, porque á á quien se aleja herido de amores, todas las galas y armonías de Natura son como alegría importuna en frente del dolor, ó como el suntuoso festin en casa del que gime por algun mal ignorado de sus amigos. En vano los muchos *acállis* cruzaban el lago por todos rumbos, fragantes como isletas encantadas, y flotando á impulso

de alegre remera, llevando adentro flores y hortaliza todavía humedecidas por el rocío matinal; para el neófito enamorado todo pasaba sin gracia ni contento. Ménos sensible era para algun caballero que en los tiempos de fé marchaba á la conquista de la tierra Santa, dejar sus deudos y sus amores; pues cuando se alistaba entre los bravos seguidores de Tancredo ó de Conrado, eran muchos los aplausos para indemnizar su pena y mucha la gloria que le esperaba, ya sucumbiese bajo el acero del infiel, ya volviese triunfante á la tierra natal. El desconocido Acólhua sólo con el humilde Misionero, no era alentado sino por el aplauso de una pobre familia.

Valencia con paternal y caritativa discrecion hizo que el jóven le hablase de sus amores, para conducirlo por ahí á consideraciones que luego le darian el consuelo y verdadera paz que vienen de arriba. Reflexiones oportunas, verdades duras presentadas con amable suavidad, y el amor de Jesucristo respirando en todas las palabras del nuevo Pablo, iban poco á poco haciendo el lugar al reino del cielo en el sensible corazon del Príncipe.

Despues de algunas horas de navegacion, el Misionenero y su discípulo pisaban las riberas de la hermosa Tenochtitlan.

Cuando penetraron en ella, todo estaba demostrando que una éra de paz comenzaba para vencedores y venci-

dos en el caido imperio de Quauhtemótzin. Ya las nuevas de que cesaban las recientes calamidades del gobierno de Nuño y Delgadillo, y de que Fuenleal y Don Vasco eran los muy buenos *tlatoáni*, (1) los verdaderos padres y madres de los acólhuis como estos decian, habian cundido por todo Anáhuac, con general consuelo de los nativos y con disgusto de los blancos, muchos de los cuales solo deseaban riquezas á costa de mil preciosas vidas que los inícuos estimaban en poco. El solo aspecto de la ciudad revelaba el buen gobierno y sus prósperos frutos: por una parte se repartian al indio y al blanco sus propiedades en justicia; por otra se alineaban anchas y dilatadas avenidas de arboles del país y de Castilla, decoracion para los paseos y alivio para los viajeros; en las plazas públicas de todos los barrios, los artífices habian labrado fuentes de donde brotaba el líquido precioso, y en Tlaltelolco tambien se gozaba del inestimable elemento. Hermosos edificios se levantaban por toda la Ciudad arreglados á cordel en amplias calles, y ya los indios no eran compelidos á estos trabajos como esclavos sino invitados como operarios libres; así como en Texcoco, por doquiera se alzaban templos al humilde Francisco, á Juan el Precusor del Cristo, á Santiago el apóstol de Castilla, ó á la Virgen Santa con

(1) Gobernadores.

el nombre consolador del *Socorro* ó de los *Remedios*, reconociendo los aztecas cómo ni Centeotl ni Chalchihuitlícue habian sido invocadas con tan hermoso nombre; estaban ya concluidas dos grandes casas ó *técpan*, como decian los nativos, una fundada por Malíntzin, otra por Fuenleal: allí se recibian por amor del Dios de Castilla y no por paga, los enfermos y otros pobres desgraciados para aliviar sus males. ¡Eso era de admirar: "Nezahualcoyotl mismo—decian los ancianos— no supo hacer así el bien: ¡oh si hubiera conocido al Dios *muerto!*" Todo esto veía y meditaba el discípulo de Valencia ya en medio de la moderna Tenochtitlan. Pero al departir con muchos de sus amigos, al escuchar lo que todos decian del nuevo gobierno del gran sacerdote Fuenleal, de Don Vasco y de sus compañeros, recoció haber más de lo que podia verse. Los indios estaban declarados tan libres como los blancos, los esclavos arrancados del poder de sus amos volvian á sus casas; y Malíntzin, Fuenleal y Don Vasco, y muchos *teopíxqui*, formaban un consejo que se reunia muchos soles y muchas noches en cada luna, para ocuparse solo de apartar de los acólhuis las vejaciones y promover bienes para los oprimidos. Más aun: Don Vasco faltaba mucho á los negocios del gobierno, porque todo el tiempo gastaba en recoger á los pobres macehuales que morian de hambre, y á los niños expósitos y á cualquiera clase de desgraciados, para darles la comida y la bebida, pa-

ra aliviarlos y enseñarles despues las verdades del Dios invisible, hecho hombre y muerto en el madero por salvar á toda gente. Esto oía por doquiera el amante de Papan, de boca de sus amigos; y así sus resoluciones se corroboraban, porque ninguno hay tan dispuesto á creer en el Cristo y amarle con entusiasmo, como el que cuenta con la sensibilidad del corazon. Así sucedió en los tiempos de la caida de Roma, con los más obstinados en reconocer el celeste orígen del Evangelio: en vano fué que los Justinos y los Lactancios dejasen oir su palabra victoriosa, en vano que tantas víctimas confundiesen á los verdugos; pero cuando el humilde Leon, aquel que desarmó al tremendo Attila, ó el grande Gregorio que acabó de convertir á los bárbaros, hicieron ver á los soberbios gentiles todos los consuelos que los apóstoles del Mesías tienen para los tiempos de la desgracia, entónces las almas agradecidas amaron á Jesus y le proclamaron Hijo de Dios vivo.

Los Oidores moraban en el palacio de Don Hernando Cortés, levantado sobre las ruinas del *Técpan* antiguo de Moteuczoma. Se veian entrar y salir por sus francas puertas al blanco y al indio, al sacerdote y al guerrero; y los humillados aztecas, á quienes públicamente se habian leido las reales órdenes que ponian su seguridad bajo la salvaguardia de la ley y la inspeccion de los oidores, entraban con filial confianza á ver al

Huei-teopíxqui (1) Fuenleal ó al *tlatoáni* Don Vasco, ya para pedir justicia que á nadie se negaba, ó mercedes que aquellos eran muy fáciles en otorgarles.

Cuando el Misionero y Nezáhual penetraron en la gran sala de la Audiencia, estaban allí el Obispo presidente, el anciano Don Vasco, el Capitan general Don Hernando Cortés, el Obispo de México Don Fray Juan Zumárraga, dos Misioneros franciscanos, tres Domínicos, (uno era Betanzos, tan bueno como Valencia,) los otros dos Oidores, y algunos castellanos avecindados en México, de los que veian con piedad á los pobres indios. Aquel era el consejo que, como dijeron á Nezáhual, habia establecido Fuenleal para ocuparse solo del bien de los acólhuis; allí se trataba de remediar muy grandes males que se habian arraigado, y de prevenir mayores que amenazaban á la oprimida casta. Se hablaba á la sazon de los *encomenderos*, á quienes se exigiria juramento de tratar bien á los Indios, se hablaba de reducir los tributos y de civilizar á los unos por medio de los Misioneros, á las otras por las matronas santas que habia traido de Castilla la Marquesa del Valle.

El Príncipe al reconocer á Don Vasco, no reparó en respetos que aquella asamblea debia imponer á un hijo de Anáhuac, y adelantándose al anciano fué á estrecharlo en sus brazos, como un hijo á un buen padre despues

(1) Gran sacerdote.

de muchos años de separacion. Don Vasco lo acogió con paternal afecto.

—"¿Quién es?—preguntaron sorprendidos los del consejo al ver tal desembarazo en el americano, cuyo porte era sin duda arrogante y gentil como de un príncipe de Acolhuacan—"Una hermosa conquista de Jesucristo"—respondió el anciano Oidor.

—"Es Nezahualpílli,—repusieron algunos de la Asamblea,—uno de los príncipes de Texcoco, de aquellos que ayudaron á la defensa de Tenochtitlan y que fué llevado despues á Castilla."

Fuenleal recordó entónces haberle visto en Santo Domingo, y todos reconocieron al noble nieto de Nezahualcoyotl, á aquel cuyo nombre no era ignorado por su decidido amor á la libertad de la patria, y despues por su conversion admirable.

El jóven acólhua no permaneció en silencio:—"Hé recibido ya el baño del agua, Reverenciado Señor mio;—dijo á Don Vasco,—y ahora no deseo sino servir al Dios invisible y enseñarles á mis hermanos la verdadera fé. De manos de nuestro Padre y Sacerdote,—dijo señalando á Valencia,—hé recibido el agua santa, y de su boca hé oido la doctrina que tú Señor mio, me diste á conocer. Yo voy á Huitzitzila para mostrar la luz á mi amigo Ecuangári por si aún no se le descubre, y atraer á los de allí á la fé y al servicio del Dios *muerto*,

y á llamarlos á la paz y á la vida social, porque bien sabes que ya no quieren oir á los *teopíxqui* ni volver á los pueblos."—No de otro modo en el reinado de Carlomagno, despues de subyugados los bárbaros sajones que acaudillaba el terrible Witikindo, se llegó á ver á este príncipe ántes irritado é indomable, venir un dia ya creyendo en el Hijo de Dios, y presentarse en la corte delante de los grandes y de los Pontífices francos, para testificar que amaba mucho al Cristo y que anhelaba fuese reconocido y adorado de su pueblo, á cuya obra estaba pronto no por complacer á los vencedores sino por una inspiracion celeste. El gran rey envió al Pontífice Romano tan felices nuevas, rogándole ordenase preces solemnes y fiestas, en accion de gracias porque aquellos bárbaros eran ya una porcion de la iglesia de Dios.

Don Vasco admiraba, pues, tantos avances en la piedad del nuevo servidor de Jesus; Fuenleal aunque ignoraba la historia de la conversion del americano, se maravilló de ver un apóstol en el reciente neófito; los demás del consejo quedaron tambien sorprendidos.

Los sucesos de Michoacan ocupaban hacía muchos dias la atencion y los cuidados de los Oidores, de los Misioneros y de los colonos. Los exesos de Nuño de Guzman habian puesto los intereses de la religion y de la corona á punto de perderse: los Misioneros ya no eran escuchados, y aun se creia que habian abandonado sus

tareas. No se sabía por tanto qué resolucion adoptar. Cuando el jóven neófito presentó, pues, en la asamblea su extraño proyecto, ninguno dejó de ver cuán buen resultado debia esperarse de que un magnate indio, bien conocido de los suyos, predicase á sus hermanos la fé del Dios verdadero y les hablase de la paz, pórque ninguno habia para ellos mas exento de sospecha en la causa de su libertad. Ni el mismo Cortés objetó la importancia de aquella oferta. Valencia por su parte habia declarado, que el nuevo servidor del Cristo poseía una rara inteligencia y el arte admirable de persuadir, y añadió que tenia envidia de los sentimientos de amor á Jesucristo que el neófito abrigaba en su alma.

Toda la asamblea resolvió, pues, enviar á Nezahual á Tzintzúntzan, y ya se trataba de lo concerniente al mejor éxito de su mision, cuando hé aquí que un enviado del Obispo de Tlaxcala, Fray Julian Garcés, se presentó con pliegos de éste y del Padre Benavente ó Motolinia como ya entónces se le decia. En ellos se participaba al Obispo Presidente y al Capitan general, cómo las conspiraciones y juntas secretas de los indios que se creían extinguidos con el último escarmiento, se tramaban aún, y que cundia el rumor de que aquellos acabarian con los blancos de un solo golpe. Aun hay muchos idólatras,—añadia Benavente,—que adoran en el Matlalcueye ó en el secreto de sus casas y en otros retiros, á su Dios Huitzilopóchtli ó á su Camaxtli, y practican sus abominables ritos. Se dice que un tlaxcalés cuyo nombre es Maxtla ó Maxtlaton, es el centro y gefe de tales juntas y maquinaciones, y es este aquel de quien se sabe que con ayuda de algunos blancos, cometió en Cholula un asesinato é intentó arrebatar una india de su misma casa á la media noche.

Los concurrentes no tuvieron embarazo en hacer partícipe al discípulo de Valencia del conocimiento de esas nuevas, y más cuando el Misionero les hizo notar cuán oportuno sería probar lo que pudiese el jóven acolhua en las provincias de Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco y otras inmediatas, para saber así lo que habria de esperarse de su mision á Huitzitzila. Todos fueron de ese parecer. Mas Valencia y su neófito estaban sorprendidos de encontrar á Maxtla como el gefe de la conspiracion; y el amante no dudando que su aleve rival fuese el verdadero autor de la catástofre que se temia, tembló al pensar en los peligros que aún podia correr la hija hermosa de Atotóchtli, y asimismo se figuró quién sabe cuántos males en tenebroso porvenir, en que Maxtlaton se alzaba como el fantasma funesto predestinado para servir á la consumacion de su destino.

La marcha de Nezahualpílli á las ciudades del valle de Tlaxcala quedó pues resuelta, y ántes de que partiese, el buen Obispo Zumárraga y el Oidor Presidente, el

amable Don Vasco y el mismo Cortés, acabaron de admirar en el discípulo de Valencia la más hermosa conquista que para el reino del Mesías entre los americanos se hubiera visto.

Cartas de Valencia, de Fuenleal y del conquistador Cortés se entregaron al neófito para Garcés y Motolinia, en que se acreditaba su mision en aquellas ciudades. Fuenleal bendijo al apóstol, y este al partir recibió saludables instrucciones y el espíritu vivificante de los Misioneros. Pero Nezáhual en vez de encaminarse por Texcoco, temeroso de que acercándose á la mansion de la hija de Atotóchtli, no fuese por amor de ella á vacilar en sus resoluciones, enderezó su marcha por Chimaluácan é Iztapalóccan, y llegó á la capital de la antigua famosa república. Al presentarse en ella, iba con mil pensamientos en el alma acerca de los destinos de las naciones dirigidos por una Providencia invisible, con grandes ánsias por hacer comprender á los pueblos la doctrina del Cristo, por hacer prender en el corazon de sus hermanos ese fuego vivificante con que el hijo de David quiso abrasar toda la tierra.

Desde que á los ojos del neófito se presentó Tlaxcala, la rival antigua de Tenochtitlan, causa de su ruina y la de todo Anáhuac, la amargura llenó su espíritu; pero el cielo le hizo entender cuánto es necesario en el que sirve á Jesus, tener por hermanos á los hombres de

cualquiera nacion, porque el pueblo del Mesías que abarca todas las tríbus de la tierra, es uno solo.

Los tlaxcaltecas debian mucho al verdadero Dios por haberles enviado un apóstol tan bueno: era éste el famoso Motolinia. Aún referian en sus conversaciones, por qué al humilde Sacerdote le llamaban así: era que el Misionero, el dia de su llegada á la gran ciudad, hizo alto en esa palabra que la multitud repetia, admirando la pobreza de los sacerdotes blancos, y el que hasta allí era llamado "el Padre Benavente," habia dicho: "de hoy para más, *Motolinia* (esto es pobreza) será mi nombre;" y desde entónces los blancos y los indios así llamaban al Padre Benavente. El buen Obispo Garcés era otro don del cielo para los de Tlaxcala. Garcés defendia á los indios contra los insolentes conquistadores, y no quiso que su ciudad se poblase de blancos, mirando no fuesen á extirpar la oprimida casta; por eso al excluirlos, fundábase de léjos la Puebla de los Angeles, y ese dictámen lo fué tambien de Fuenleal y Motolinia. Ya una gran parte de los tlaxcaltecas servian á Jesucristo, pórque decian: "si Garcés y Motolinia son como lo vemos muy buenos y muy santos, su Dios debe ser el verdadero Dios. Habia empero gran número de adoradores de Camaxtle y Quetzalcóhuatl y con esto muchos conspiradores, y el mal era grave; esos antiguos aliados de Castilla, que le dieron la victoria sobre Tenochtitlan, estaban irritados cruelmente, porque los blancos, olvi-

dando sus servicios, los miraban con desdén y los llamaban "perros" como á todos los hijos de Anáhuac; por eso la rebelion era harto temible.

El hijo de Ayauhcíhuatl gozaba entre los nobles de Tlaxcala, no ménos que entre la multitud, un ascendiente decidido. Las muchas veces que allí se hallára, ganó entre ellos grande reputacion por el denuedo con que hacía frente á los blancos, en la defensa de los nativos inícuamente tratados: aún se referia cómo en cierta ocasion puso en fuga á unos castellanos que intentaban forzar á una doncella de las más hermosas de la ciudad, y cómo en otra dejó por muerto á uno de los conquistadores que estaba ultrajando al jóven Yálqui, hermano del desgraciado Xicoténcatl. De los más elevados magnates del caido Imperio, era Nezahualpílli el único quizá que se mostrára siempre adicto á los de su nacion, y desafecto al dominio extranjero. Bien sabian en Tlaxcala por qué tres años ántes el Príncipe de Acolhuacan fué llevado á Castilla, y no obstante ser notorio que el noble Texcocano habia recibido el agua sagrada, era injusto creerlo por eso partidario de los blancos. Tal era la disposicion de ánimo de aquella gente hácia el Príncipe de Texcoco.

Así fué como en Ramesés y en otras ciudades del Egipto estimaban al nieto de Leví, libertador despues, de todo Israel: aunque favorecido como un hijo por la hija de Faraon y criado en la corte de los dominadores,

él habia muerto al incircunciso que golpeaba á uno de los hebreos, y no paró sino hasta sacar á los suyos del poder de los Egipcios con ayuda de Jehováh. Pero al hijo de Ayauhcíhuatl no era dado tanto, porque apénas comenzaban los dias por los que el Señor entregaba el Anáhuac al dominio castellano.

Motolinia y Garcés, de vuelta de la ciudad *de los ángeles*, á donde no cesaban de acudir para dar fatiga á su edificacion, recibieron á Nezahualpílli con admiracion y sorpresa, impuestos que quedaron de su extraordinaria sujecion á la fé. Despues, al departir sobre los medios de conjurar el mal que amenazaba, el Texcocano con noble discrecion, no dijo cuáles adoptaria; pero era su secreto designio acercarse á los conjurados y dejarse creer de ellos como muy dispuesto á tomar parte en sus maquinaciones, á fin de llegar hasta el centro de sus trabajos y hacer uso, despues, del crédito que gozaba para apartar á los suyos de un mal que ya ningunos bienes podia traer á la Patria. Garcés y Motolinia, dudosos aguardaron el éxito, no sabiendo qué se propondria en su ánimo el hijo de Ayauhcíhuatl.

Entretanto Yálqui, el hermano del famoso Xicoténcatl, y al que defendió Nezahual de los ultrajes de los blancos, era uno de los más decididos autores de la conjuracion, y el ódio que heredára del valiente general su hermano contra los de Castilla, propagado entre su poderosa parentela, era grande, y hacía de él un enemigo

temible á los conquistadores. Cuando reconoció al Texcocano, pocos dias despues de hallarse en la ciudad, lo condujo á su casa, y allí le hizo saber todos los secretos de la conspiracion: "Los de Tenochtitlan y Texcoco, Cholula, Quechólac, Tecamachalco y Huejotzinco, han enviado ya sus (1) nahuatlatos; los Tlahuiques y los Cohuixques enviarán los suyos, y nosotros, decía Yálqui al Príncipe que conmovido le escuchaba, pocos soles há hemos enviado tambien los nuestros á los de Michoacan y Mixtecápan, pueblos numerosos, que se regocijarán al saber la resolucion convenida: los blancos todos morirán en un dia; fijada tenemos la hora para la próxima fiesta que ántes celebrábamos á Centeotl, el sol último del cuarto mes de los blancos. En la grande gruta del Matlalcueye nos hemos de congregar mañana ya de noche, los nahuatlatos de todos los pueblos, para deliberar por último lo que se ha de hacer.

Nezahualpílli quedó aterrado al anunciársele tan de cerca una catástrofe que los blancos sospechaban apénas; no obstante, moderando los latidos de su corazon, fingió aplaudir tan criminales maquinaciones. A otro dia ya puesto el sol, penetraba con Yalqui en la gran gruta del Matlalcueye, punto de reunion de los conjurados.

---

(1) Representantes.

A la mitad del sendero que sube del pié de esa montaña á su elevada cumbre, por la parte que vé al Aquilon, se hallaba la escondida caverna que un terremoto ha hecho despues desaparecer. Por dentro se ensanchaban altas paredes de musgosa roca y bóvedas de peñascos amenazantes, de cuyas grietas pendian festones de negra yerba y lazos colgantes de yedras de varios colores; allí anidaban los gorriones bulliciosos y venian en Primavera las golondrinas y en todo tiempo tenian su albergue las aves nocturnas. La antigua religion enseñaba á los Tlaxcaltecas, que Matlalcueye moraba entre las sombras de la gruta misteriosa, y esa deidad fué quien dió el nombre á la descomunal montaña. El que adelantándose al fondo tenebroso juzgaba posible hallar sus términos, iba perdiendo de vista poco á poco los muros y las bóvedas, y al fin parábase, aterrado por los lejanos ecos de los abismos. En unas partes estaban como formados pórticos caprichosos, en otras se alzaban aisladas rocas solitarias, y en otras se encontraban como salones de amplísima capacidad. Las aguas de un manantial que brotaban de la roca viva y que iban á perderse al ignorado fondo, con su murmullo suavizaban un tanto los ecos espantables de los vientos y del buho.

El Príncipe se perdia en lúgubres pensamientos al discurrir por aquellas ocultas soledades, cuando advertido del Tlaxcalteca, volvió con él á la entrada de la